

En el punto ciego que abre la tierra

In the blind spot that opens the earth

MARTIN DE MAURO RUCOVSKY¹

Centro de investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades (CIFYH),
Universidad Nacional de Córdoba. Instituto de Humanidades (CONICET)

Fecha de recepción: 15/04/2025

Fecha de aceptación: 28/08/2025

Resumen

El texto revisita la evolución de la biopolítica foucaultiana y cuestiona su matriz conceptual: ¿Qué umbrales y tensiones habitan al interior de la mecánica biopolítica, especialmente, a la luz de la crisis climática, los procesos de colonización y genocidio en América Latina que dan inicio a un proceso de transformación de las condiciones geológicas y ambientales de los territorios? Se postula que el colonialismo constituyó el “primer y mayor despliegue biopolítico de la modernidad”, funcionando como un laboratorio para formas de disciplina y explotación. La plantación ejemplifica esta biopolítica colonial que implicó una “avanzada biológica”, esclavitud multiespecífica y la “masiva instrumentalización de la vida de los otros”. Este enfoque propone expandir la noción de “vida” más allá de lo biológico, integrando la agencia de lo no-humano (geos, virus, animales y plantas) y las cosmovisiones indígenas, que consideran lo ancestral y lo no-vivo, parte esencial de la vida colectiva.

CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO:

En APA 7: De Mauro-Rucovsky, M. (2025). En el punto ciego que abre la tierra. *Resonancias*, (20), 7-23. <https://doi.org/10.5354/0719-790X.2025.78592>

En MLA: De Mauro-Rucovsky, M. “En el punto ciego que abre la tierra.” *Resonancias*, no. 20, 2025, pp. 7–23. <https://doi.org/10.5354/0719-790X.2025.78592>.

Palabras clave: biopolítica, humanidades ambientales, plantación, colonialidad, ecología

Keywords: Biopolitics, Environmental humanities, Plantation, Coloniality, Ecology.

¹ <https://orcid.org/0000-0001-9423-9474>

Abstract

The text revisits the evolution of Foucaultian biopolitics and questions its conceptual matrix: What thresholds and tensions reside within the biopolitical mechanics, especially in light of the climate crisis and the processes of colonization and genocide in Latin America that initiated a process of transformation of the geological and environmental conditions of the territories? It is posited that colonialism constituted the “first and largest biopolitical deployment of modernity,” functioning as a laboratory for forms of discipline and exploitation. The plantation exemplifies this colonial biopolitics, which involved a “biological vanguard,” multispecies slavery, and the “massive instrumentalization of the lives of others.” This approach proposes to expand the notion of “life” beyond the biological, integrating the agency of the non-human (geos, viruses, animals, and plants) and indigenous worldviews, which consider the ancestral and the non-living an essential part of collective life.

¿Cómo se escribe la historia?

La particularidad histórica de las formas políticas de la modernidad implica un desplazamiento dentro de la obra foucaultiana que va desde un análisis de los discursos (una arqueología de las ciencias humanas) en dirección a una analítica del poder (o una genealogía del presente). Nos encontramos, en efecto, ante una problematización histórica que se sitúa en un poder soberano despótico hacia un poder disciplinar, y de este hacia un biopoder de seguridad o una gestión gubernamental que motiva tanto al surgimiento de los estados nacionales (monopolio administrativo que logra ligar las poblaciones humanas a la tierra, el trabajo y el capital) como los procesos de subjetivación (la configuración de sujetos adaptados y normalizados para el trabajo, la industria y el cultivo).

Digamos que desde el derecho soberano de «hacer morir o dejar vivir» o un poder de *patria potestas*, historiográficamente un tipo de poder a la vez feudal y monárquico, que se ejerce de manera directa sobre la muerte, ligado a un soberano —el rey con sus insignias, cortejos y conmemoraciones—, cuya escenificación es una macrofísica del poder, el carnaval de la atrocidad y el espectáculo punitivo (el patíbulo, los verdugos y la confesión como producción de verdad). Seguido por las reformas humanistas (finales del siglo XVIII) que instauran los dispositivos disciplinarios; es decir, el conjunto de técnicas y procedimientos que ponen atención puntillosa al detalle (el trabajo, la higiene, la actividad gimnástica, el aprendizaje escolar). Lo que adquiere preponderancia es una microfísica del poder que se ejerce mediante el estudio minucioso de las aptitudes del cuerpo, de las funciones vitales y del espacio serial, de los espacios de encierro, instituciones de secuestro y la táctica arquitectónica de los panópticos mediante la normalización de los individuos. Su modelo arquitectónico espacial funciona

sobre la base del monacato religioso y el claustro, luego el trabajo industrial y del cuerpo obrero proletario, la cárcel y la prisión, el asilo psiquiátrico, los cuarteles y regimientos, escuelas y hospitales. Las arquitecturas disciplinarias serán el producto secularizado de las células de aislamiento monástico que, en un marco de racionalización económica y de reforma cuáquera y protestante, van a convertirse en un dispositivo penitenciario. La consolidación del poder disciplinario resulta complementaria de la emergencia del capitalismo industrial (revitalización de la regla de San Benito: *ora et labora*), a través de la vigilancia, la normación y el control, pero sujetando el tiempo de la vida al tiempo de la producción, con lo cual se busca producir “cuerpos políticamente dóciles y económicamente rentables” (Foucault 1987, 223-255).

Y, finalmente, la consolidación de un biopoder que se sitúa en una relación positiva con la vida, en el momento en que la vida como ser viviente entra como cálculo y estrategia política, el “umbral de modernidad biológica” (Foucault 1976, 188) a través de dispositivos de seguridad, de normalización y de la gubernamentalidad, que implican una distribución en espacios abiertos y moldeables. Así, durante el siglo XVIII, la aparición de la vida en el escenario de la política adquiere una centralidad inusitada porque la vida humana dejó de ser vista como un don de Dios, o como el polo opuesto de la muerte para convertirse en un efecto de la acción política. La vida como algo que puede ser producido, administrado y gestionado por el Estado, como resultado de la intervención y planificación humana sobre un medio ambiente. Así pues, el objetivo principal del gobierno de la población -conjunto de seres vivos- es el arte de gobierno denominado gubernamentalidad, cuya forma mayor es la economía política, su instrumento técnico son los dispositivos de seguridad que le seguirán luego la razón de estado y el liberalismo.

Aunque sabemos también que el interés biopolítico por la vida está vinculado a la formación del capitalismo, pero no a su fase industrial sino a un antecedente decisivo, el período de violenta acumulación originaria que tiene su génesis en la conquista de América. Antecedente que nos permite entrever que la emergencia de las instituciones disciplinarias (cárceles, escuelas, regimientos y hospitales) y la mecánica industrial fueron un laboratorio previo en los procesos de colonización en América y que procesaron más que cuerpos humanos: distintos cultivos y especies de ganado, animales y plantas también fueron capturados en esta red de registro escrito y observación: “¿por qué, entonces, el pensamiento biopolítico europeo queda, con escasas excepciones, enfocado en cuerpos y poblaciones primordialmente humanas con marginal atención hacia los vivientes no-humanos?” (Giorgi 2023, 3).

Esbozar la historia de dicha forma de biopoder implica, metodológicamente, que se deje de lado el problema del Estado, de los aparatos de Estado y deshacerse

de la noción psicológica de autoridad.² Así, resulta necesario estudiar, entonces, el marco general de la racionalidad política del liberalismo clásico del siglo XVIII primero y, seguidamente, la transformación de este en neoliberalismo, cuyo aparato de veridicción es la forma empresa, el capital humano y el sujeto emprendedor.

En este recorrido, que no se inscribe en el interior de un esquema evolucionista, se debe suponer que los tres tipos de ejercicio de poder soberanía, disciplina, biopolítica han coexistido intrínsecamente según fronteras móviles. No se pasa de las sociedades de soberanía a las disciplinas, del poder pastoral a la gubernamentalidad. Una misma praxis del poder puede tener aspectos anatomo y biopolíticos o en el cambio del poder soberano al gobierno biopolítico no se propone el fin o sustitución del poder soberano, sino la superposición de un poder nuevo (gubernativo y biopolítico) que permeó la soberanía. Aquí se trata de una coexistencia de espacios-tiempos históricos, de una contemporaneidad de hecho, con simultaneidad, rupturas y discontinuidades, torsiones y desplazamientos que Foucault describe en términos de “triángulo de ontología circular” (1977, 133). Lo importante, en este plano, es lo que bosqueja: adentrarse en el análisis del dominio de las prácticas, los modos de obrar y de pensar, y en el relevo de la *historia occidental de las relaciones de poder*, las sombras del proyecto civilizatorio en la espesura de fuentes históricas, documentales, catálogos de penitenciarías, neuropsiquiátricos y fábricas, disposiciones administrativas, manuales escolares, reglamentos y discursos, directorios de bibliotecas, de archivos oficiales y de textos secundarios, manuscritos marginales, apócrifos y menores.

Una analítica del poder, según enunciamos al inicio, o una genealogía del presente, eso que pasa por el ágora del presente en un doble sentido. El presente histórico y social aquello que delimita una época y el presente de la sintaxis biopolítica, su vigencia y actualidad. ¿Cuáles son los nuevos enunciados que aparecen en un campo social histórico una época y cuáles son objetos de incorporación dentro de la gramática de la biopolítica? El presente como pregunta, por

² La concepción jurídica o de la funcionalidad económica establece que el poder es un derecho que uno posee como un bien y que puede transferir o enajenar, de manera total o parcial mediante un acto jurídico. El poder es el que todo individuo posee y que puede ceder total o parcialmente para constituir un poder o soberanía política. El término poder proviene del latín *possum* (que se identifica con *potestas* y en proximidad con *imperium* y *potentia*), que significa ser capaz, tener fuerza para algo o, lo que es lo mismo, ser potente para lograr el dominio o posesión de un objeto físico o concreto, o para el desarrollo de tipo moral, político o científico. Por contraste, el abordaje foucaultiano implica dejar de lado al Estado y sus aparatos porque el poder no es una posesión centralizada, una superestructura, no reside en la voluntad o la conciencia de un individuo o grupo con autoridad. El poder, en cambio, es una estrategia que se ejerce constantemente en las zonas moleculares de la sociedad, como prisiones, escuelas y fábricas, siendo el Estado mismo un efecto de conjunto de estas relaciones dispersas. Así, el poder se manifiesta en prácticas, discursos y tecnologías que moldean las conductas y subjetividades de las personas. Asimismo, se desecha la noción psicológica de autoridad, ya que el enfoque no es por qué los sujetos aceptan el sometimiento, sino cómo se fabrican esas relaciones concretas de dominación a través de mecanismos y dispositivos específicos. Para Foucault, la verdad y el conocimiento no son principios puros o dados, sino el resultado de luchas y enfrentamientos entre instintos y fuerzas, ligadas intrínsecamente al poder.

lo actual y lo contemporáneo que es paradigmático de las sociedades de control biopolítico, con sus mecanismos de seguridad/inseguridad ligados a la razón del mundo neoliberal le sobreviene, así, un tiempo dislocado que concierte a los procesos de colonización y de los fenómenos derivados de las dinámicas extractivas, el despojo y la apropiación territorial; es decir, la época de la catástrofe ecológica a nivel ambiental y planetario. Un punto de inflexión y un evento límite, la época del desastre se predica sobre las condiciones de agotamiento ecológico, ambiental y climático en los estratos temporales de largo aliento que traen consigo la memoria colonial y geológica del planeta, pero también de la percepción próxima de la muerte a través de las epidemias y los virus de origen zoonóticos, primero del HIV-SIDA y, en los últimos años, se solapa una pandemia dentro de la otra, con la emergencia del virus Covid-19.³

Nos detenemos en el punto de inflexión porque conlleva un interrogante: ¿Es posible esbozar una genealogía del presente y, más específicamente, del *presente de la biopolítica*? Para esta consideración vamos a desplegar un abordaje por aproximaciones que opera en un modo diferido; de tal forma, la estructura compositiva se despliega subsecuentemente: en primera instancia se procedió por una recapitulación de la noción en cuestión (Preludio: “¿Cómo se escribe la historia?”), seguidamente el análisis de la categoría en cuestión (bios, vida, *vita*) y su matriz conceptual heredada (*Intermezzo*: “Escucha eso que se quiebra”). En cuarto lugar, nos adentramos en una serie de líneas de fuga que atraviesan fronteras como una colección de huellas y una especie de rastro (*Adagio*: “Acá empieza a deshacerse el cielo”) y, finalmente, avanzamos en los horizontes epistemológicos-políticos-sensibles que se esbozan y las estrategias con las que se reescribe la historia (*Allegretto*: “Apuntar a la escala situada”). El presente de la biopolítica opera, entonces, en un tiempo diferido en el que lo actual puede surgir como algo anacrónico y lo venidero como algo consumado; esa disyunción

³ Las zoonosis constituyen un grupo de enfermedades causadas por diferentes agentes, tales como parásitos, animales, virus o bacterias, que son transmitidas al hombre por contagio directo con el agente enfermo, a través de algún fluido corporal como orina o saliva o mediante la presencia de algún intermediario como pueden ser los mosquitos u otros insectos. Esto ocurre debido a entornos medioambientales devastados, estrechamente relacionados a la agricultura industrial, la deforestación, la cría intensiva de animales en condiciones de hacinamiento, junto con el desplazamiento de animales salvajes expulsados de sus hábitats, lo que facilita la generación de virus de una especie animal que saltan a los humanos y se tornan patógenos. La zoonosis interpela esa zona de exposición y vulnerabilidad común entre vidas corporales de distintas especies; este aspecto indica también una interdependencia fundamental (como cuerpos somos existencialmente frágiles, expuestos a virus, bacterias, etc.). Estas mutaciones virales que se convierten en amenazas para la vida dependen de acciones de origen entrópico, como los sistemas intensivos de producción de alimentos o la concentración poblacional de elevada densidad en centro urbanos metropolitanos. La percepción de la muerte y las respuestas sociales ante las epidemias de origen zoonótico, revelan profundas vulnerabilidades y mecanismos de control en la sociedad: el VIH-SIDA, inicialmente, generó pánico moral al enfocarse en el control de la sexualidad y propiciando una red de control sobre el cuerpo. Por otro lado, la COVID-19, aunque no es un virus radicalmente nuevo, ha provocado la normalización del estado de excepción, exacerbando desigualdades preexistentes, el miedo al otro y la legitimación de la biovigilancia digital. Ambas pandemias se solapan al intensificar las políticas de control preexistentes, llevando las políticas de la frontera al cuerpo individual y revalidando tanto la animalidad constituyente de los seres humanos como la fragilidad inmunológica ante otros actantes (no-humanos).

de las temporalidades es la intuición en la que creemos se cifra algo del presente ecopolítico y la crisis ambiental en curso.

Escucha eso que se quiebra: ¿Qué está vivo?

Al centro de todo esto, la noción de vida, el *bios* de la biopolítica que parecería cargar con una herencia que está ligada a la biología, el proyecto ilustrado y la historia natural como campos de saber-poder que suponen, a su vez, la conversión de los seres vivientes en vidas dentro de una naturaleza cuya propiedad es la continuidad taxonómica, una estructura visible y sus elementos homogéneos, pero que le sobreviene un proceso latente cuyo resultante es una naturaleza desanimada.

La noción de biopolítica, en este contexto, remite a una “vacilación de fondo” que atraviesa la formulación foucaultiana. Biopoder y biopolítica, apunta Roberto Esposito (2006), refieren a dos valencias posibles, una negativa y reactiva un poder *sobre* la vida o su posibilidad afirmativa un poder *de* la vida. Así, los mecanismos específicos de poder que tiene por *objeto* una vida o el ser vivo que Foucault vincula al enfrentamiento biológico (corte, cesura, distinción y jerarquías entre «lo que debe vivir y lo que debe morir») y el cálculo proporcional (una relación bélica positiva: «Cuanto más mates, más harás vivir») y que denomina tanatopolítica en relación al desarrollo paroxístico del racismo de estado y la posibilidad del genocidio.⁴ Pero biopolítica indica también la capacidad de variación y desvío, exceso e intensidad de la vida como *sujeto* de la política, porque no está exhaustivamente integrada en los dispositivos que la normalizan.

Lo que permanece es, sobre todo, la captura y el monopolio sobre la noción de vida que carga con un linaje precedente (historia natural y biología eurocéntricas) y su matriz conceptual heredada, marcadamente biomédica, ilustrada y humanista, pero circunscripta a las coordenadas antropocéntricas: “¿hasta qué punto la biopolítica queda capturada en una lectura de la gestión “afirmativa” contra la evidencia, tan nítida en la experiencia latinoamericana del siglo XX y XXI, de que la guerra es constitutiva de todo despliegue biopolítico?” (Giorgi

⁴ La tanatopolítica se refiere a la inversión extrema y destructiva del biopoder, donde la política de la vida se transforma en una acción de muerte. Foucault interpretó el Nazismo como la forma más aterradora de realización histórica de la biopolítica; para él, el racismo fue el instrumento clave que permitió esta superposición, produciendo una separación dentro del *continuum* biológico entre quienes debían vivir y quienes debían ser eliminados. El hacer morir funda toda una ordenación eugenésica de la sociedad y se justifica, paradójicamente, en la necesidad de la vida, su protección y seguridad; así, la muerte de unos favorecía la supervivencia de otro y la vida misma puede convertirse en el instrumento más terrible de la muerte.

2023, 3). La dominación colonial en América supuso, por contraste, la ingente y violenta acumulación originaria que reterritorializa recursos y vidas con el poder de la espada y bajo amenaza de muerte o circunscritas a la muerte lenta en las minas y labranzas, que sobreexplota las vidas indígenas y afro (Jaúregui & Solodkow, 2024: 17-39).

La diferencia que se mantiene como un presupuesto incuestionado es aquella que, escribe Povinelli (2016, p.30), se conjuga entre todas las formas de vida (*bios* y *zoé*, humanos y no humanos, monstruosas, impersonales, etc.), su deriva como muerte (tanatopolítica y necropolítica) y la categoría de no-vida (*geos*, *meteoros*) que se asocia a lo estéril o desprovisto de vida, es decir, lo inerte e inanimado que contrasta con lo vital y dinámico. Ese presupuesto incuestionado, que Povinelli (2016, 34) llama biontología, se funda sobre la transposición de conceptos de la biología (de su matriz fundante como disciplina en el siglo XVIII) tales como metabolismo, nacimiento, crecimiento-reproducción, muerte hacia conceptos de la ontología tales como evento, acontecimiento, *conatus/affectus*, finitud y su concepto de existencia (ser o *dasein*, ser-ahí). ¿Es posible enunciar, al interior de la gramática biopolítica, la muerte no como su par antagónico y excluyente de la vida (un fin, una frontera o un punto final de un sujeto) o como reverso constitutivo o deriva (tanatopolítica), sino la muerte como *principio inmanente* de la vida que desubjetiva, como lo irreductible, como un resto pendiente más allá del límite (Biset, 2013) o como un modo de gestión y administración de elementos no-vivos?

Es, precisamente, en esta intersección entre crisis ecológica y tradición biopolítica donde se producen desplazamientos hacia zonas críticas con interrogantes propios: los puntos de mutación en la gestión de lo vivo hacia lo viviente, la perturbación ontológica alrededor de la naturaleza, la intensificación de las formas de extracción y explotación de los entornos bióticos y los desórdenes de la sensibilidad. Los fenómenos climáticos que irrumpen: inundaciones, sequías, terremotos, la nueva centralidad que adquieren virus, bacterias, las pandemias, las luchas indígenas y poscoloniales, lo mineral, lo geológico y la estratigráfica o, incluso, la posibilidad misma de la extinción generalizada. Todos estos síntomas de cataclismos que arrastran a la superficie sensible son figuraciones que, además de interrogar los límites de lo humano y su reverso (ya sea lo animal, bestial, monstruoso o zombi), permiten situar la disputa por los límites de lo vivo y de correlato, el pliegue de un régimen ecológico que ha reorganizado a la naturaleza en función de la acumulación de capital, pero que despunta hacia un período de una nueva inestabilidad de la naturaleza.

La biopolítica parece funcionar como un umbral, imprescindible a la vez que insuficiente, porque la preminencia de cuerpos y poblaciones humanas limita su alcance analítico-epistemológico al tiempo que resulta exiguuo en el abordaje de

la naturaleza como elemento constitutivo del repertorio moderno, en los términos anunciados por Bruno Latour (1991): ¿qué cuenta como vida en relación a la naturaleza, aquello que a través de la gestión política de la vida se presupone como del orden de lo natural?⁵

Si con el fin de la época clásica (en el análisis foucaultiano de las epistemes) las fuerzas de lo humano cesaron de producir la forma-Dios para anunciar la forma-Hombre, ya no hablaríamos de *Incipit Homo* (“aquí comienza el Hombre”) como en la modernidad, sino del *Incipit Terra*: estaría comenzando la era de la Tierra (Escobar, 2017:20). Así, la pregunta fundamental que atraviesa la biopolítica enunciada en ¿qué es una vida? ¿Cómo se cifra un modo de gestión, cálculo y administración de la vida, cómo se hace vivir y cómo hacerse una vida? ¿Cómo se gestiona la muerte y la guerra, las masacres y el genocidio, pero en nombre de la vida, del hacer vivir? O, más aún, ¿qué es lo que puede una vida, cuál es su potencia de variación y desvío, su capacidad de agenciamiento?, es relaborada, apunta Cóccaro (2023) por la de “¿qué es o cómo habitar?”

Acá empieza a deshacerse el cielo

En el análisis canónico de Michel Foucault y en muchas de sus recepciones críticas, las menciones y alusiones a esta dimensión constitutivamente política de la vida y los modos de gestión de esa vida es, cuanto menos, reticente a incluir una perspectiva sobre la raza (Castro-Gómez, 2005; Kilomba, 2023; Quijano 2000; Yusoff 2018) como tecnología de gobierno.⁶ Es decir, se trata de los largos

⁵ Siguiendo a Latour (2019:71-135), aquello que a través de la gestión política de la vida se presupone como del orden de lo natural y lo que tradicionalmente cuenta como vida en relación a la naturaleza es la Naturaleza (con mayúscula). Esta se ha concebido como una entidad exterior, unificada, desanimada, universal e incuestionable, actuando como una “Corte Suprema” o un “tercero desinteresado” para arbitrar disputas y garantizar un supuesto consenso. Esta concepción de la Naturaleza es, en realidad, un efecto de lenguaje y una operación de desanimación que vacía a una parte de los actores (objetos materiales) de toda capacidad de actuar, presentándolos como inertes y pasivos, mientras que a los humanos se les sobreanima con libertad y conciencia. Esta naturaleza inerte y objetiva es la que los modernos han utilizado para justificar órdenes políticos y morales, aunque en la práctica, es un concepto inestable que no logra pacificar conflictos y que, paradójicamente, contribuye a la despolitización de las cuestiones ecológicas.

⁶ Tal como hemos señalado previamente (nota al pie 3), en la obra del pensador francés (específicamente en *Il faut défendre la société*, *Il faut défendre la société* y *Les Anormaux*), la raza entra en consideración cuando tematiza la tanatopolítica que se refiere a la ruptura dentro del “continuum biológico” de la especie humana mediante técnicas médico normalizadoras, permitiendo la diferenciación entre las vidas que deben ser preservadas y aquellas que deben ser eliminadas. En el curso *Le Pouvoir psychiatrique* se habla de la “colonización de los pueblos” y de cómo en la “historia de la colonización”, al igual que en la historia de la psiquiatría, se observan dos épocas: una de “cadenas” y otra de “sentimientos humanitarios”. Foucault también asimila a los “pueblos colonizados” con los locos y delinquentes, concibiéndolos como “residuos de la humanidad”. Y *Le Pouvoir psychiatrique* Foucault también menciona las misiones jesuíticas como un ejemplo histórico preciso, descritas como “microcosmos disciplinarios” que operaban

y estratificados procesos de colonización y la imposición simultánea de proyectos civilizatorios y la implantación ecobiológica, que son coetáneos a la consolidación del biopoder alrededor del siglo XV en el contexto europeo continental. Ciertamente es una recurrencia en la tradición de análisis biopolíticos que prescinde de las experiencias específicas de dominación y gobierno colonial de la vida que secundaron al “descubrimiento” de América o colonización de las Indias. ¿Acaso es una máquina de guerra con su fuerza civilizatoria la que habita al interior de todo despliegue biopolítico, una fuerza civilizatoria cuyo *ethos* marca una avanzada colonial a través de la captura de territorios, procesos de desposesión, extractivismo y des-territorialización?⁷ Esto implica que “el colonialismo en América constituyó el primer y, tal vez, el mayor despliegue biopolítico de la modernidad” (Jáuregui y Solodkow, 2024: 20).

La conquista no fue simplemente un movimiento expansivo por desposesión y reterritorialización que puso bajo la soberanía de la Corona española vastas tierras, sistemas ecobióticos y numerosos pueblos, sino que es inseparable de los modelos de gubernamentalidad y de un humanitarismo cristiano que, en la coyuntura de la expansión colonial y en aras de la salud del reino, desplegó toda una “masiva instrumentalización de la vida de los otros” (Jáuregui y Solodkow, 2024: 19). Consuetudinario a la imposición del biopoder se produce, entonces, la expansión y colonización europea en América, Asia y África, que da inicio a un proceso de transformación de las condiciones geológicas y ambientales de los territorios a través de la implantación de la jerarquización vertical y utilitaria de los órdenes ontológicos de existencias, mediante formas taxonómicas de relacionarse, de clasificar y de representar la naturaleza cuyo mecanismo ejemplar es la reducción del entorno en términos de paisaje (Andermann, 2018; Mitchell, 2002).

La historia en marcha se refiere a un período inicial de aniquilamiento y mortandad; este proceso de acumulación originaria corresponde a un momento de extrema apropiación de la población indígena, formas de explotación extintiva de la vida y de transferencia extractiva de riquezas que, como el sistema de

con un sistema de vigilancia y un sistema penal permanentes, a modo de contrapunto a la esclavitud. Tanto el genocidio colonialista como la aplicación de mecanismos disciplinarios en la colonización son manifestaciones concretas de cómo la raza y las tecnologías de gobierno del biopoder operan para gestionar y, si es necesario, eliminar poblaciones en favor de la supuesta salud o pureza de un grupo dominante.

⁷ A. Mbembe (2011) encuentra el derecho de matar en la redefinición de la soberanía en las colonias y no tanto en la mutua dependencia de la biopolítica con el viraje totalitario del Nacionalsocialismo y los Estados soviéticos o en la posibilidad de la guerra nuclear (ejemplos paradigmáticos del mismo Foucault). Las guerras coloniales, al estar frente al salvaje, expresan una indistinción entre guerra y masacre o el genocidio como motor social, como máquina disciplinada de matar en su funcionamiento técnico porque se produce un estado de sitio permanente que no dictamina la muerte como decisión final, sino que se realiza como ejercicios constantes de muerte. En las masacres se encuentra una forma singular denominada necropolítica en relación a cómo se inscriben la muerte y los cuerpos en distintas prácticas mortuorias en un espacio geográfico que relega a los colonizados a una zona intermedia entre sujetos y objetos.

encomienda o el modelo extractivo de las minerías, identifican la riqueza colonial con los cuerpos y cadáveres que producían. Pasadas esas primeras décadas de conquista y despoblación, tal como ocurre en las Antillas Mayores y La Española, el humanismo cristiano, el pastorado y la ilustración son leídos y traducidos desde biopolíticas imperiales, y esto marcará los esfuerzos de la Corona española por implementar una política de control sobre la vida que se ocupan de la cuenta demográfica, de la intervención de las condiciones mínimas de la vida (como la alimentación, el descanso), de la salud y el sexo, de la regulación del trabajo en el marco del proceso productivo.

Se trata de un paradigma de pensamiento biopolítico colonial que se ejerce a través del cultivo de los hombres a nivel gubernamental poblacional (rebaño), pero que integra las tecnologías disciplinares de los cuerpos (cuidado de la vida espiritual, *pneuma*), mediante la transformación de formas de vida “salvajes” (pobres e indios ociosos) en formas de vida civilizadas, cristianas y productivas. Esto supone, no solo la conversión de masas poblacionales en fuerza de trabajo sino también una forma morigerada de acumulación con el fin de conservar los procesos de dominio y explotación laboral: un modo de colonialismo humanitario que “haría vivir y no dejaría morir”. Lo que sucede con este corrimiento en las tecnologías de poder no es una ruptura con la dominación colonial que se basaba en los imperativos caritativos cristianos sobre el cuidado de los débiles, sino que se trata de la necesidad de atender el desorden económico y político que para el reino significaba la mortandad, el agotamiento y la falta de reproducción de la vida indígena a causa de la sobreexplotación y hambre de los indios (Jáuregui y Solodkow, 2024: 17-39).

El cultivo de los hombres y la biopolítica colonial se desenvolvía dentro de un proyecto de avanzada biológica (Crosby 2009; Subramaniam, 2024) de especies importadas que terminaron por imponerse sobre la fauna y flora endémicas; los esfuerzos colonizadores se orientaron a su mitigación, su aislamiento y, finalmente, su desaparición: el caballo desplazó a la llama en Sudamérica, el ganado vacuno al búfalo en América del Norte, por poner tan solo algunos ejemplos. Una avanzada biológica que se produjo, asimismo, por medio de prácticas de sometimiento agrícolas y una violenta simplificación de los paisajes, acompañada de una transformación radical de las ecologías y de la relocalización/transporte de genomas, plantas y animales, incluyendo a los seres humanos (Ávila 2024).

El análisis de genealogía descolonial indica que el trabajo disciplinar-esclavizado en las plantaciones, en las minerías (cuyo ejemplo paradigma es el cerro de Potosí en jurisdicción del Alto Perú), en el régimen de vida misional jesuítico guaraní (Ruidrejo 2014; 2017), las reducciones y pueblos de indios, la encomienda, la hacienda, el ingenio, y otras muchas formas de organización, regulación, explotación y gobierno de la vida son el *locus* paradigmático que inspiró el trabajo

asalariado industrial a través de su modelo de disciplina y alienación, de cuerpos dóciles y productivos en el reparto de los individuos, su constante vigilancia y cálculos de utilidad. En otros términos, las plantaciones de algodón y de estimulantes para la producción y consumo, como la caña de azúcar, el tabaco o el café, son la precondition para la industrialización a la vez que constituyen el modelo de la disciplina/alienación fabril y de otras modernas instituciones disciplinarias (prisión, escuela, hospital mental).⁸

La transformación del continente americano en una región de abastecimiento implicó una combinación de diferentes estrategias para la extracción de la riqueza local, algunas antiguas y otras nuevas. La plantación es una herramienta de la maquinaria colonial que funciona sobre la base de la alteración en el paisaje, en la composición de la biodiversidad y en el intercambio metabólico. Específicamente, en la región del caribe, el cultivo intensivo de tabaco, café y algodón, primeramente, y el desarrollo de la industria azucarera en la segunda mitad del siglo XVII provocaron la deforestación y el desmonte de tierras sin ninguna forma de recuperación de los nutrientes extraídos. Ferdinand escribe (2022:42-45) que la deforestación a gran escala produjo no solo la destrucción de los hábitats de especies animales y vegetales y hasta la extinción de algunas de ellas, sino que afectó también a los suelos, que se compactaron más al aumentar la superficie expuesta a la lluvia. Además de esta lógica de explotación intensiva, la plantación significa también una homogeneización de los cultivos (sustituido por el predominio de una determinada especie vegetal, como la caña de azúcar) y, en consecuencia, de los componentes biológicos de la tierra.

Es así que la plantación como imposición de un régimen colonial supuso formas intensivas de desplazamiento y despojo, la destrucción ambiental generalizada y la extinción de especies animales y vegetales por sustitución, un tipo

⁸ La emergencia de la biopolítica y el biopoder, tal como los analiza Foucault, se asocia con los siglos XVIII y XIX en Europa, vinculada a la Ilustración y al surgimiento del capitalismo industrial. Sin embargo, el análisis decolonial argumenta que la razón biopolítica ya asomaba en los albores coloniales de la modernidad, en el siglo XVI, y que el colonialismo en América fue el “primer y, tal vez, el mayor despliegue biopolítico de la modernidad” (Jáuregui y Solodkow 2024:19). Estas prácticas coloniales se centraron en la producción de “cuerpos dóciles y productivos”, mediante una constante vigilancia y cálculos de utilidad que subordinaban la vida a la lógica económica y a la acumulación de capital. El objetivo no era la extinción total de la fuerza de trabajo, sino su “reproducción” y “conservación biopolítica” para asegurar la continuidad de la explotación y las rentas del reino. Esto implicaba una consumición parcial de las fuerzas de trabajo que, a diferencia del modelo lupino de explotación extintiva, operaba como un vampiro que prolongaba la vida para seguir consumiéndola. Incluso el humanismo de figuras como Bartolomé de las Casas, aunque buscaba morigerar la violencia, se enredaba en la paradoja de intentar un colonialismo pacífico que, en última instancia, pretendía perpetuar la dominación y explotación de la vida preservándola. La justificación de la esclavitud de poblaciones africanas o de caribes se convirtió en un remedio biopolítico para suplir la mano de obra indígena diezmada, demostrando que la defensa de algunas vidas podía ser perfectamente coherente con el abandono de otras para el proceso productivo. Así, estas formas de organización laboral y control de la población en el Nuevo Mundo, anteriores a la fase industrial del capitalismo europeo, sentaron las bases para las técnicas de disciplina y normalización que Foucault analizaría en el contexto de las sociedades occidentales modernas, mostrando cómo el racismo de Estado y las tecnologías de poder ya estaban arraigadas en la lógica colonial y se extendieron para justificar el genocidio de poblaciones en América.

de esclavitud laboral y un tipo de esclavitud laboral mecánica, distintos tipos de rentas territoriales y de cautiverios, la remoción y reemplazo de una fuerza laboral local por mano de obra forzada desde el exterior. Ambas formas de explotación laboral y vital esclavitud africana legalizada y esclavitud informal indígena fueron constitutivas en la conformación del régimen de la plantación. La mano de obra esclavizada y disciplinada es dividida para esa tarea en función de metas productivas y concebida como unidades intercambiables. Lo que estableció una profunda relación entre estatus racial, condición jurídica y carga laboral. En efecto, fueron las mujeres y cuerpos feminizados quienes tuvieron un rol material y simbólico clave porque ellas serían designadas como responsables de determinar la condición racial dado que se consideraba que la esclavitud se transmitía por el vientre materno (Sacchi 2019:45-58).

En la plantación, en conjunto con las prótesis arquitectónicas, la Casa-grande y la *senzala* (el formato espacial de la casa patriarcal a la que se adosa las habitaciones de los esclavos la *senzala* y la iglesia) operan un primer panóptico: una línea de montaje, una fábrica a cielo abierto, organizando en dependencias, formas de vida racializadas y modos de producción de mercancías, al tiempo que distribuye una visualidad desigual (Kilomba, 2023; Platzeck, 2020:20). El modelo de la plantación da cuenta de la captura sobre el trabajo forzado multiespecífico de humanos y animales no humanos (caballos, mulas, plantas y microbios), la explotación de la fuerza de trabajo humano y animal (Hribal, 2014), el desorden de los tiempos de generación entre especies, la interrupción radical del vínculo con el lugar como, así también, la simplificación ecológica que se codifica en agricultura.⁹

En otros términos, no hay biopolítica sin su reverso constitutivo de la tanatopolítica, gestionar la vida implica que para “hacer vivir” y “realzar la vida” hace falta matar o que el otro muera, y este cálculo proporcional no se ejerce sin una máquina de guerra y sin una velocidad de desterritorialización, agrupamiento y despoblación. Es decir, la gubernamentalidad biopolítica y la tanatopolítica suponen no solo el genocidio poblacional como ejercicio constante de muerte y la masacre como motor social (Mbembe, 2011; Valencia, 2010), sino también el epistemicidio (Sousa Santos 2014) y una pérdida de terredad *earthliness* (Vázquez 2017) a partir de la imposición de un modo de habitar el entorno (una relación de jerarquización y distancia), una ontología determinada o un conjunto

⁹ Los efectos ecológicos producidos por el modelo económico de la plantación contribuyeron, asimismo, a las condiciones de cría y alimentación de enfermedades y plagas, tales como la malaria, la fiebre amarilla plasmodia y el dengue. Los mosquitos, las correlativas enfermedades epidémicas, zoonóticas y los respectivos sistemas inmunitarios, llegaron a convertirse en actores clave en las luchas geopolíticas del mundo atlántico durante siglo XVII y XVIII (Mc Neil, 2010).

de conocimientos que forman la base de la metafísica cristiana occidental y una forma de representar el mundo que reúne y funda, que organiza y legisla.

Las relaciones coloniales y la expansión imperial europea conllevan una dimensión cognitiva específica; esto es, la ilustración y las ciencias humanas se ven reflejadas en la producción, circulación y asimilación de conocimientos. En manos del Estado metropolitano, las misiones religiosas y de las elites criollas americanas, la ilustración fue vista como un mecanismo idóneo para eliminar las “muchas formas de conocer” vigentes todavía en las poblaciones nativas que fueron sustituidas (vía expropiación epistémica) por una sola forma única y verdadera de conocer el mundo: la suministrada por la racionalidad científico-técnica de la modernidad (Castro-Gómez, 2005: 10-16).

Apuntar a la escala situada, al carácter regional de la biopolítica

No se trata ya de una búsqueda filológica y exegética dentro de la obra de Michel Foucault. La gramática de la biopolítica se transforma, sale de su marco, pasa en otra cosa, al tiempo que permanece en sí misma, algo conserva y otro tanto se disipa: ¿Qué pasaría si lanzáramos la máquina foucaultiana en formaciones históricas en las que él nunca reparó? ¿Qué hubiera sido Foucault en otras formaciones, distintas a las europeas modernas en las que se concentró o de las que anunciaba no tener competencia? Bajo estas consideraciones, lo que sobreviene está marcado por un *impasse* de la biopolítica como un momento de incertidumbre, una temporalidad de la espera y la demora, de expectación y suspensión indefinida y que, sin embargo, está cargado de una potencialidad ciertamente imprevisible.

Provincializar la biopolítica, este llamado que alude al trabajo del pensador poscolonial Dipesh Chakrabarty (2000), reconoce que este aparato teórico (con sus suposiciones ontológicas y epistemológicas sobre el tiempo, la temporalidad, las cosmovisiones, etc.) está situada en el particular contexto europeo de su producción, y hay otros contextos para los que estas teorías no son relevantes. Ubicar la mecánica biopolítica en un umbral, imprescindible a la vez que insuficiente, porque nos suministra los índices más propios de ese *impasse*, un tiempo de suspensión momentáneo. Es el índice que nos permite desplegar una zona de interrogación crítica al tiempo que nos permite resituar la pregunta por la recepción, los procesos de digestión de un legado, la canibalización y lecturas desviadas de una tradición, eso mismo que nos hizo estar aquí.

La colonización europea transformó el Nuevo Mundo; y el Nuevo Mundo, a su vez, contribuyó a una transformación silenciosa de Europa: sus capitales nacionales, sus metrópolis marinas, incluso sus pequeñas ciudades, habían comenzado a escapar desde el siglo XVIII del “régimen biológico de hambrunas y epidemias, a las que habían estado sujetas desde su nacimiento” (De Landa 1997, 109). De otro modo, la misma modernidad europea que Foucault rastrea, es concomitante de la conquista, la navegación y el comercio con América, el secuestro, venta y explotación de personas que fue la trata transatlántica de personas africanxs, el poderío militar, la expoliación de recursos, el intercambio biótico de especies, gérmenes y microbios de un organismo a otro y la mecánica extractivista en territorios.

Los teóricos sociales del Sur de Asia (plantea Chakrabarty) y, por extensión, los estudios canónicos sobre biopolítica pasan por alto este contexto situado y aplican dicha teoría como si fuera universal un lugar sin lugar ni localización precisa. Así como “provincializar Europa” no significa rechazar el pensamiento europeo, sino reconocer su indispensabilidad e insuficiencia simultáneas, “provincializar la biopolítica” implica reconocer que, si bien es una herramienta analítica valiosa, debe ser utilizada de forma crítica, permitiendo que otras ontologías y experiencias históricas la interroguen y la transformen. Reconocer de dónde provienen las ideas (el lenguaje y las circunstancias particulares de su formulación) es crucial para formular una crítica, en lugar de asumir que provienen de un “ningún lugar” o de un “en todas partes” universal.

Al cuestionar el imaginario compartido de lo moderno como lugar fundacional o como punto de origen-modelo que se desarrolla a lo largo del tiempo, se interroga, asimismo, la idea de la historia como un tiempo natural, homogéneo, secular y calendárico que, inherentemente, cosifica el pasado y permite que ciertas categorías europeas se presenten como universales. Esta crítica busca hacer visible las temporalidades heterogéneas que coexisten en el ahora de las experiencias no europeas, donde elementos no-seculares o premodernos (como dioses o espíritus) tienen agencia y no son meras supervivencias o anacronismos (Chakrabarty 2008: 3-40). Por ejemplo, el concepto de cosmopolítica, propuesto por Isabelle Stengers y utilizado por Viveiros de Castro, hace de lo planetario y su innumerable multiplicidad de actantes no humanos (no solo las interacciones humanas), el campo mismo de la política. Para las cosmovisiones indígenas (A. Krenak, D. Kopenawa, D. Tukano, etc.), lo ancestral (incluyendo muertos o extintos) y lo no vivo son parte esencial de la vida colectiva y territorial, algo que el *bios* occidental tiende a invisibilizar.

Povinelli (2016) misma expresa dudas sobre si la biopolítica es el concepto adecuado para analizar la gobernanza liberal en “espacios de colonos” como el Territorio del Norte de Australia, sugiriendo que la gestión de “existentes” (rocas

o arroyos, el desierto o el virus) y no solo de “vidas” podría ser más pertinente. Y autores como Achille Mbembe (2011) argumentan que el colonialismo europeo en África y América fue un “precursor experimental” para las formas sádicas de biopoder aplicadas en Europa, sugiriendo que las raíces de ciertos biopoderes no son puramente europeas.

Si bien Foucault centró su trabajo en la sospecha ante los universales antropológicos y en realzar, como contrapartida, la importancia de las configuraciones históricas en sus singularidades, “¿Hasta qué punto esas categorías foucaultianas utilizadas para explicar el proceso de gubernamentalización de la Europa occidental, resultaban de utilidad para describir el modo en que se conjugó la singularidad de una experiencia colonial en suelo sudamericano?” (Ruidrejo 2014, 13). Este gesto crítico insiste en mostrar cómo ciertas categorías o teorías asumidas como dadas, universales o naturales, no son sino fruto de cierta perspectiva particular, local y regional que tiene una historia específica.

■ ■ ■ ■ ■

Referencias bibliográficas

- Andermann, Jens. *Tierras en trance: Arte y naturaleza después del paisaje*. Metales Pesados, 2018.
- Ávila, Iván. "Plantacioceno". *Léxico crítico del futuro*, edited by Andrés Kozel, Silvia Grinberg, and Marina Farinetti, UNSAM Edita, 2024.
- Biset, Emanuel. "Tanatopolítica." *Nombres: Revista de Filosofía*, año XXI, no. 26, 2013, pp. 245–274.
- Castro-Gómez, Santiago. *La hybris del punto cero: Ciencia, raza e ilustración en la Nueva Granada (1750–1816)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2005.
- Castro-Gómez, Santiago. *Tejidos oníricos: Movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá (1910–1930)*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2009.
- Chakrabarty, Dipesh. "The Climate of History: Four Theses". *Critical Inquiry*, vol. 35, no. 2, Winter 2009, pp. 197–222.
- Chakrabarty, Dipesh. *Provincializing Europe: Postcolonial Thought and Historical Difference*. Princeton University Press, 2008.
- Cóccaro, Victoria. *¿Qué está vivo? Arte y literatura en el cambio de siglo*. Miño y Dávila, 2023.
- Crosby, Alfred. *Ecological Imperialism: The Biological Expansion of Europe, 900–1900*. Cambridge University Press, 2009.
- De Landa, Manuel. *A Thousand Years of Nonlinear History*. Zone Books, 1997.
- Escobar, Arturo. *Autonomía y diseño: La realización de lo comunal*. Tinta y Limón, 2017.
- Espósito, Roberto. *Bíos: Biopolítica y filosofía*. Amorrotu, 2006.
- Ferdinand, Malcolm. *Decolonial Ecology: Thinking from the Caribbean World*. Polity, 2022.
- Foucault, Michel. *Defender la sociedad: Curso en el Collège de France, 1975–1976*. Fondo de Cultura Económica, 2001.
- Foucault, Michel. *El poder psiquiátrico: Curso en el Collège de France, 1973–1974*. Fondo de Cultura Económica, 2005.
- Foucault, Michel. *Los anormales: Curso en el Collège de France, 1974–1975*. Fondo de Cultura Económica, 2007.
- Foucault, Michel. *La voluntad de saber: Historia de la sexualidad 1*. Siglo XXI Editores, 2010.
- Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas: Una arqueología de las ciencias humanas*. Translated by Elsa Cecilia Frost, Siglo XXI Editores, 2008.
- Foucault, Michel. *Nacimiento de la biopolítica: Curso en el Collège de France, 1978–1979*. Fondo de Cultura Económica, 2010.
- Foucault, Michel. *Seguridad, territorio, población: Curso en el Collège de France, 1977–1978*. Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Foucault, Michel. *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI Editores, 2008.
- Giorgi, Gabriel. "Las sobrevidas de la biopolítica: apuestas críticas desde América Latina". *LASA Forum*, vol. 54, no. 1, 2023, pp. 3–7.
- Giorgi, Gabriel, and Fermín Rodríguez. *Ensayos sobre biopolítica: Excesos de vida*. Paidós, 2007.
- Hribal, Jason. *Los animales son parte de la clase trabajadora y otros ensayos*. Ochodocuatro Ediciones, 2014.
- Jáuregui, Antonio, and Marcial Solodkow. *Bartolomé de las Casas y el paradigma biopolítico de la modernidad colonial*. Iberoamericana; Universidad de los Andes, 2024.
- Kilomba, Grada. *Memorias de la plantación: Episodios de racismo cotidiano*. Tinta y Limón, 2023.
- Latour, Bruno. *Cara a cara con el planeta: Una nueva mirada sobre el cambio climático alejada de las posiciones apocalípticas*. Traducido por Ariel Dillon, Siglo XXI Editores, 2015.
- Latour, Bruno. *Nunca fuimos modernos: Ensayo de antropología asimétrica*. Traducido por Victor Goldstein, Siglo XXI Editores, 2012.
- Mbembe, Achille. *Necropolítica*. Melusina, 2011.
- McNeill, J. R. *Mosquito Empires: Ecology and War in the Greater Caribbean, 1620–1914*. Cambridge University Press, 2010.
- Mitchell, W. J. T., editor. *Landscape and Power*. 2nd ed., University of Chicago Press, 2002.
- Platzek, José. *Sacaropolítica: Plantar, moler, cristalizar, disolver*. PEI; MACBA, 2020.
- Povinelli, Elizabeth. *Geontologies: A Requiem to Late Liberalism*. Duke University Press, 2016.
- Quijano, Anibal. "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina". *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*, compiled by Edgardo Lander, CLACSO, 2000, pp. 201–246.
- Ruidrejo, Alejandro. *Foucault y la heterotopía extraordinaria: Las reducciones jesuíticas del Paraguay y la historia de la gubernamentalidad occidental*. Tesis doctoral, Universidad Nacional de Córdoba, 2014.
- Ruidrejo, Alejandro. "La heterotopía extraordinaria y la historia de la gubernamentalidad". *Historia y Grafía*, no. 49, July–Dec. 2017, pp. 34–45.

Sacchi, Duen. *Ficciones patógenas*. Rara Avis, 2019.

Sousa Santos, Boaventura. *Epistemologies of the South: Justice against Epistemicide*. Routledge, 2014.

Subramaniam, Banu. *Botany of Empire: Plant Worlds and the Scientific Legacies of Colonialism*. University of Washington Press, 2024.

Vázquez, Rodrigo. "Precedence, Earth and the Anthropocene: Decolonizing Design". *Design Philosophy Papers*, vol. 15, no. 1, 2017, pp. 2–9.

Yusoff, Kathryn. *A Billion Black Anthropocenes or None*. University of Minnesota Press, 2018.

